

CALLE DE CLAUDIO GAY

ESTA CALLE RECUERDA EL NOMBRE DE UN EMINENTE CIENTÍFICO, NATURALISTA, HISTORIADOR Y PUBLICISTA FRANCÉS QUE PRESTÓ VALIOSOS SERVICIOS A CHILE. SU OBRA DIO A CONOCER A NUESTRO PAÍS EN EUROPA Y FUE DE POSITIVO BENEFICIO PARA NUESTRO DESARROLLO COMO NACIÓN.

Por Sergio Martínez Baeza

He dicho con insistencia que nuestra ciudad tiene una enorme deuda de gratitud con el gran Intendente de Santiago que fue don Benjamín Vicuña Mackenna, cuya obra edilicia fue de tal magnitud, que en el corto período de su mandato (1872-1875), logró poner a la aldea que era nuestra capital, en el camino de llegar a ser la moderna ciudad que nos alberga.

Entre las numerosas obras de adelanto que impulsó el intendente Vicuña, y entre las más conocidas, estuvo el Paseo del Cerro de Santa Lucía y la terminación del Teatro Municipal y del Cementerio General, entre muchas otras que han sido mencionadas en anteriores crónicas de esta página de la Revista En Concreto. No menos importante fue la instalación de nuevas poblaciones, con la apertura de calles tapadas, confección de veredas y pavimentación con adoquines, en especial en sectores alejados del centro de la ciudad. Del otro lado de la Alameda, a mediados del siglo XIX, aún quedaban algunas de las quintas concedidas a los primeros pobladores de Santiago, en manos de sus herederos o compradores. Desde la calle Castro (hoy Autopista Central Norte-Sur) hacia el poniente, recién entonces comenzaron a lotearse y venderse sitios y a abrirse calles que Vicuña Mackenna bautizó con los nombres de eminentes extranjeros a los que Chile debe gratitud. Son las calles de Sazié, Grajales, Gorbea, Toesca, Gay y Domeyko. En anteriores entregas me he referido a las arterias llamadas Sazié, Gorbea y Toesca. Hoy lo hago con la calle Gay que antes llevó simplemente el N° 5.

Don Claudio Gay fue un naturalista francés, nacido en la ciudad de Draguignan, en la Provenza. Desde niño destacó por su interés por las ciencias naturales. Fue discípulo del botánico italiano Juan Bautista Balbis, con quien recorrió diversas regiones de Europa, como Los Alpes, el norte de Italia, parte de Grecia, algunas islas del Mediterráneo y sectores de Asia Menor. En 1828, su amigo,

el aventurero Pedro Chapuis, lo invitó a viajar a Chile y aquí fue profesor de geografía en el Colegio de Santiago. Poco después, el Gobierno lo contrató para realizar un viaje de tres años y medio por el país, para dar cuenta de sus riquezas naturales y hacer un catastro de las mismas.

Viajó a partir de ese año por la Región de Atacama, también por Colchagua; visitó el Archipiélago de Juan Fernández, la Isla de Chiloé y parte de la zona austral. Recolectó materiales valiosos que entregó al Museo de Historia Natural de Chile, que él mismo fundó en 1837. Ese mismo año aceptó un contrato suscrito con el Ministro Don Mariano Egaña, para escribir una historia política de Chile.

En 1841 recibió la “Gran Nacionalidad” por gracia. Al año siguiente viajó a Francia y, a partir de 1844, comenzó a publicar allí los tomos de la “Historia Física y Política de Chile”, con ocho tomos de historia, ocho de botánica, ocho de zoología, dos sobre la agricultura nacional, dos de documentos históricos y otros dos de atlas e imágenes. En total, treinta volúmenes de gran formato y cuidada calidad editorial. Aparte de esta monumental obra, escribió numerosos artículos que fueron publicados en las Memorias de la Academia de Ciencias de París, que integró a partir de 1856. Viajó una vez más a Chile y regresó a Francia en 1863. Vivió sus últimos años en su Provenza natal y falleció allí, en 1868.

Para comprender debidamente los esfuerzos sobrehumanos que debió realizar este sabio naturalista para recolectar información para su obra, es necesario recordar que, por entonces, los medios de transporte y la civilización del país eran muy escasos. Por tal razón, y por haber hecho conocer, apreciar y respetar el nombre de Chile en los centros culturales del mundo, es que nuestros conciudadanos conservan su memoria con admiración y gratitud.